

LOS MERCADERES DEL CHE

Susana Osinaga Robles, la enfermera que lavó el cadáver del Che, es una mujer menuda, de setenta y cuatro años, pelo ondulado y piernas hinchadas que entró a formar parte de la historia el 9 de octubre de 1967, en Vallegrande, un pueblito perdido del este de Bolivia. Aquellos eran tiempos de Guerra Fría y los países comunistas se enfrentaban a los capitalistas. Ernesto Guevara, el Che, embajador de la lucha armada, había viajado de Cuba a Sudamérica para convertirla en un escenario más de la revolución, pensando quizás que sus ideas se extenderían como un reguero de pólvora. Pero las autoridades bolivianas lo derrotaron y exhibieron su cuerpo acicalado como un trofeo de batalla.

Osinaga trabajaba por aquel entonces en el hospital Nuestro Señor de Malta, donde se encuentra la lavandería en la que los militares mostraron a un Guevara ya difunto. Y dice que se jubiló a fines de los 80.

Hoy, cuatro décadas después de la caída del guerrillero, rodeada de algunos de sus nietos, atiende en el corazón de Vallegrande un sencillo comercio de ultramarinos en el que las cosas se amontonan sin orden en los estantes.

Ahora estoy frente a su tienda con la intención de conversar con ella, y el calor aprieta. Para estos días Osinaga ha preparado decenas de calendarios con la foto del revolucionario, y espera que los peregrinos que están siguiendo la Ruta del Che se acerquen aquí para escucharla, como ha ocurrido siempre en las fechas de aniversario.

La Ruta del Che es un destino turístico promovido en los últimos años por el gobierno de Evo Morales. Pero sin éxito. A pesar de la publicidad, a lo largo de los ochocientos kilómetros de trayecto —desde Camiri, en el sur del país, hasta La Higuera, más al norte—, casi no hay infraestructuras para los visitantes. El camino sigue siendo un caracoleo tortuoso solo apto para los aventureros, sobre todo en época lluviosa, y en la oficina de turismo de Vallegrande aseguran que los viajeros llegan aún con cuentagotas.

Que el alcalde de este pueblo haya pertenecido a un partido de derechas durante varias décadas es solo una señal más de que el mensaje revolucionario no caló en esta localidad de casi veinte mil personas, en la que son pocos ya los que recuerdan que quien denunció al Che fue un campesino de la zona. Tampoco se siente una devoción intensa hacia su figura: los vecinos parecen pendientes únicamente de sus terrenos de cultivo; caminan como ausentes por las calles de edificios chatos y apenas abren las puertas de sus casas cuando quieren buscar un poquito de aire fresco.

Sin embargo, algunos son conscientes de que el Che es un producto que vende: «Yo conversé un rato con él», dice uno en la plaza. «Yo le invité un cigarrillo», dice otro. «Yo le corté un mechón de cabello», dice el de más allá. Todos esos recuerdos se venden.

Las camisetas con el rostro del Che deben de ser el detalle más vulgar entre lo que se puede encontrar en el lugar. Hay quienes despachan botes con tierra de la fosa común donde permaneció enterrado treinta años. «Con su sangre», garantizan los vendedores. Una galería de arte ofrece cerámicas y enormes cuadros con altorrelieves donde el Che es protagonista: cada obra cuesta cuatrocientos dólares. En un establecimiento cercano se distribuyen documentos, afiches, pines, instantáneas y libros fotocopiados con datos biográficos del argentino. Y al lado de un mercado se ha estacionado un camión repleto de ron El Che: en su reclamo publicitario, una modelo en bikini sostiene entre sus muslos una botella de la bebida; mientras que en la etiqueta resalta el rostro del guerrillero.

En la tienda de Osinaga, los calendarios con la fotografía del Che se venden como pan caliente mientras sigo esperando algún ademán cordial para romper el hielo. Según el protocolo establecido en la familia, antes de poder hablar con ella su hijo, un hombre de unos cuarenta años con barba y la camisa por fuera del pantalón, debe hacerme algunas preguntas de rutina: quiere saber quién soy y a qué medio represento.

Mientras me interroga observo de reojo cómo Osinaga se levanta y desaparece lentamente por la puerta trasera

del local. Luego su hijo deja de tomar apuntes y me lleva hasta una sala pequeña de paredes azules donde ya está ella acomodada en un sofá cubierto con tela de sábana. Su postura es la de un médico antes de iniciar una consulta. Sobre su cabeza descansa, como si siempre hubiera estado ahí, una imagen de Guevara.

«¿Qué es lo que quiere conocer?», pregunta con voz áspera.

Debe de ser así como se dirige a quienes la escuchan desde hace dos décadas, el tiempo que lleva dedicada a contar a otros sus recuerdos.

Osinaga tenía treinta y cuatro años cuando un oficial del Ejército la buscó para que aseara el cadáver del Che. «Por aquel entonces, no sabíamos quién era él —dice ahora como si repitiera de memoria una lección de la escuela—. Lo desvestimos por completo. Tenía sus botas hasta media canilla, dos pantalones y tres pares de calcetines encima. Me impresionaron mucho sus ojos porque parecía que nos miraban fijamente».

El hijo de Osinaga sigue la conversación en un estado casi catártico. Pero solo unos minutos; después se sienta, se levanta, se tumba en otro sillón largo que hay al lado de su madre. Se vuelve a incorporar. Agita sus manos con nervios, como si estuviera meneando una coctelera. Mientras, ella, ajena a esa marea de movimientos, continúa hablando: «Le pusimos un pijama, pero los militares se lo bajaron para mostrar las balas: en el costado, la pierna y el corazón. Estaba seco. Casi todo el pueblo vino a husmear, pasaron por aquí cientos de personas».

El Che, que debía de ser un extraño para la mayoría de los vecinos de Vallegrande, se convirtió de la noche a la mañana en un rostro conocido, desde el mismo instante en que, por motivos logísticos, los militares decidieron trasladar su cuerpo hasta aquí desde La Higuera.

«Ahora la gente organiza misas en memoria del guerrillero y hasta le rezan —dice Osinaga, y aclara después que a ella todavía no le ha concedido ningún milagro—. Pero ahorita mismo le voy a pedir uno y ya le contaré en otro momento», bromea y se pone de pie, lo que significa que da por finalizada la entrevista.

«Son cincuenta bolivianos —reclama a medio metro de mi cara antes de irse, extendiendo la palma de su mano sin elegancia—. Ya sabe, una está enferma y la jubilación no alcanza».

Es una tarifa fija que equivale a lo que cuesta un *souvenir* en cualquier destino turístico del mundo, y que ella solicita con la frialdad de un empresario.

* * *

El Che ha tomado el país. Es octubre de 2007 y los homenajes por los cuarenta años de su muerte —mesas redondas, presentaciones de libros, conciertos, discursos encendidos y un largo etcétera— se multiplican en Bolivia. En Vallegrande los alojamientos exhiben carteles que indican que «no hay espacio». Los peregrinos —apenas mil de los más de diez mil que se calculaba— se resguardan en carpas baratas. Hay uruguayos, argentinos, colombianos,

brasileños y, en menor cantidad, europeos y estadounidenses. La mayor parte pertenece a partidos comunistas y a organizaciones de izquierda más moderadas.

Muchos viajaron en caravanas organizadas y algunos en autobuses particulares. Uno los identifica por sus atuendos repletos de frases revolucionarias y sus boinas con una estrella al medio. Casi todos repiten el mismo recorrido: primero, la mítica lavandería donde se expuso al público durante un día y medio el cuerpo del guerrillero, y luego el cenotafio construido en la pista de aterrizaje en la que se hallaron sus restos en 1997.

Mientras caminan de un sector a otro, los vallegrandinos los contemplan como si fueran bichos raros, y ven a veces cómo algunos de ellos paran un ratito en una manzana poco transitada donde se alza la casa de Julia Cortez, profesora jubilada que daba clase a los niños en la precaria escuelita de La Higuera en la que el Che estuvo prisionero.

De ella se dicen muchas cosas: que fue la última civil que habló con el Che, que le sirvió un café, que describe al guerrillero como un ser maloliente y demacrado pero a la vez terriblemente apuesto, que el día que lo tuvo enfrente recibió su dura reprimenda por un error gramatical en la pizarra. ¿Se animará a darme esos detalles cuando la vea?

Antes de encontrar su casa, un vecino me asegura que Julia no es generosa con sus palabras: a los extranjeros les suele reclamar entre cien y trescientos dólares por recordar un puñado de anécdotas que debe de haber repetido

cientos de veces; y a los bolivianos, según Zacarías García, un fotógrafo español que la visitó recientemente, «un poco menos». Para ellos la tarifa fluctúa entre los quince y los cien dólares. Y uno se pregunta si no le cobraría algo al Che Guevara por la taza de café hace ya cuarenta años.

La construcción que habita ahora Cortez es de dos plantas y color crema. Acabo de llamar y parece que alguien se aproxima lentamente al portón metálico que hace de frontera y espanta a los turistas. Es ella: Julia. Quizás sea la hora de recibir respuestas.

—¿Qué desea? —dice con una voz pausada después de abrirme. Mide alrededor del metro con sesenta. Su pelo es grasoso y ensortijado. Lleva puesto un delantal salpicado por algunas manchas de comida. Me analiza de arriba abajo y acerca su rostro tanto al mío que incluso puedo distinguir algunos pelitos armando un bigote sin gracia.

Echándome hacia atrás ligeramente le digo a Julia que quiero conversar con ella.

—Ahorita no, más tarde —contesta ella, y luego cierra el portón con gesto altivo. Volví varias veces después de aquel fugaz encuentro, pero nunca me recibieron.

* * *

En la plaza de Vallegrande hay un museo dedicado al guerrillero: es pequeño, austero, con apenas unas cuantas fotografías y algunos textos sobre el Che que ni siquiera son inéditos. Por eso, para saber más acerca de él recomiendan realizar otra clase de visitas.

Es interesante ir, por ejemplo, hasta una ferretería próxima que lleva el nombre del pueblo, un negocio familiar con poca luz, un gran mostrador y estanterías atiborradas de cables, candados y engranajes de todo tipo. Lo regenta la hija de René Cadima, un fotógrafo local que capturó varias instantáneas del cadáver del Che que dieron la vuelta al mundo.

Cadima bordea los noventa años y suele pasar las tardes echando la siesta. Pero es de noche ya y lo sorprendo tomando un té caliente con galletas. Luce unas canas poderosas y unos gruesos anteojos que ocultan algunos surcos de su cara. Sus piernas fueron amputadas a causa de la diabetes y se desplaza en una silla de ruedas. Está ciego y apenas oye, pero cuando reclamo su atención no tarda mucho en pedir ayuda. Entonces, uno de sus nietos, en edad escolar, lo aproxima a la grabadora, frente a la que el viejo Cadima, como si un acto reflejo lo impulsara, empieza a hablar sin detenerse.

«Cuando trajeron al Che a Vallegrande corrí a la lavandería. Entonces yo tenía las dos piernas y cuarenta y ocho años. Lo encontré desnudo. Y mi error fue que le saqué una foto con *flash* —relata casi recitando, como si estuviera leyendo un poema en este instante—. “¿Quién fue?”, gritó después uno de los soldados. No querían exhibirlo desnudo por completo. Y antes de que me dijeran nada me delaté. Les entregué mi negativo. Luego, en la tarde, tuve la oportunidad de ingresar con más libertad. Incluso hice que sacaran el cuerpo a una explanada con más luz y lo fotografié junto a un grupo de militares».

Entre todas las imágenes, hay una en la que dicen que Guevara tiene un cierto parecido a Cristo. Es la más famosa: se publicó en periódicos de varios países.

Cadima me la enseña y continúa con su relato: «A los dos o tres días el cuerpo desapareció misteriosamente. Hubo muchísimas habladurías, que si lo habían enterrado en algún punto alejado de la selva, que si lo habían quemado; y luego la gente se quejó porque en 1997 Bolivia dejó que se llevaran sus restos, recién descubiertos, para Cuba».

Ahora Cadima sujeta otra de sus fotografías. El Che aparece ahí acostado sobre una camilla apostada justo encima de la piletta de la lavandería, y un guerrillero con la cara desfigurada yace en el suelo. Cadima me la enseña con orgullo, como si su vida se hubiera paralizado en aquel instante en que inmortalizó al mítico guerrillero argentino.

Cuando la entrevista ha terminado y estoy a punto de levantarme, el anciano me jala con cierta tibieza del antebrazo.

«Siempre me reconocen unos billetitos», me dice.

No respondo directamente a su pedido, pero a cambio le compro dos copias de sus fotografías. Son cinco dólares. Cadima me indica que se los entregue a su hija, que está tras el mostrador de la ferretería. Y su nieto empuja lejos de mí la silla de ruedas.

* * *

En la ruta turística de la pasión y muerte de Guevara, La Higuera, a sesenta y tres kilómetros de Vallegrande, es una

de las estaciones más importantes. El 8 de octubre de 1967 el Che fue capturado en el terreno casi selvático que rodea el pueblo, y algunos de sus camaradas, masacrados por el ejército. Cuando uno escucha hablar de este lugar imagina quizás un paraje inmenso, afín a su leyenda, pero en realidad es una aldea de apenas veinte casas pobres en la que casi todos vieron en alguna ocasión al guerrillero.

La única calle de La Higuera, más o menos ancha y prolongada, hoy está llena de gente debido al aniversario. El resto del año, sin embargo, luce vacía, y entonces el turismo, más que una actividad, es tan solo una fecha simbólica que es incluso más esperada que la Navidad. A la vera del camino se halla la Casa del Telegrafista, donde el contingente militar que persiguió al Che y a sus rebeldes recibió el mensaje en clave que ordenaba ajusticiarlo —«di buen día a papá»—. Pero de la antigua edificación queda muy poco: ahora es un albergue ecológico que ofrece al visitante algunas camas.

En La Higuera no existe la luz eléctrica, a pesar de que todos los años el Estado promete que pronto habrá¹. Las paredes de muchas de sus casas tienen dibujos con el Che como protagonista, y en la escuela donde estuvo preso se ha improvisado un museo con algunos libros y unas cuantas fotos que narran la acción guerrillera por estos lares.

Unos metros más allá, un letrero de color azul anuncia lo siguiente sobre una vivienda particular: «Museo histórico

¹ En 2008, un año después de la visita del autor, se aprobó un proyecto para dotar de electricidad al pueblo.

del Che». Un vecino me comenta que allí exponen una silla donde presumiblemente se sentó Guevara. Pero no hay nadie dentro en estos instantes, y al día siguiente ya no estará el cartel a la vista. «Lo colocan nada más una o dos veces al año», dice el vecino, cuando la afluencia de personas convierte la exhibición en un negocio rentable.

Varias inscripciones más salpican el adobe de las casas: «Acuérdense de que la revolución es todo y cada uno de nosotros solo no vale nada». «Tu ejemplo alumbra un nuevo amanecer». «Tú vives por siempre, Che». Y al lado de este último mensaje se levanta la tienda La Estrella, un humilde almacén que tiene como dueña a Irma Serrano, que dice que conoció a Guevara en una celebración popular tradicional de aquella zona.

Serrano bordea los sesenta años (rondaba los veinte cuando atendió al Che). En su local no abunda la mercadería: hay cerveza, cigarros Astoria, arroz, aceite, algunas latas de conservas y poco más. Mientras barre el ambiente con una precaria escoba de ramas secas, desde un afiche a color el Che parece observar cada movimiento de sus manos.

«Él era un tipo muy apuesto. Tenía una mirada bien linda», me dice.

Luego recuerda que el 24 de septiembre de 1967 (un par de semanas antes de su muerte), el Che y sus guerrilleros estuvieron en La Higuera celebrando la fiesta de la Virgen de La Mercedes. Bailaron, tomaron chicha y conversaron. También compraron un cerdo y pagaron una parte en dólares, a pesar de que en esos tiempos aquellos papeles verdes eran inusuales en esta zona del país —hasta se

creían embrujados—. Serrano dice que convidaron a todo el mundo, y después agrega: «Pero les teníamos mucho miedo. No estábamos acostumbrados a los barbudos. Ni siquiera sabíamos quién era él, ni lo supimos hasta años más tarde». Seguramente, para la mayoría de los pobladores de la aldea el Che tenía más pinta de sujeto excéntrico que de redentor de los pobres del Tercer Mundo.

Irma volvió a ver a Guevara cuando este ya había caído en manos del Ejército boliviano. «Por orden de los soldados, le llevé café, empanadas y huevos. Puse todo en una silla y me dio las gracias. Estaba bastante alicaído», recuerda desde una mesita de su comercio.

Dice además que actualmente muchos le prenden velas en La Higuera para pedir favores, y que brindan por él en los festejos. «Hasta yo misma le hablo para que me ayude —confiesa acto seguido—. Cuando tenía a mi marido enfermo y no me alcanzaba para los medicamentos, le rogaba a su imagen y siempre había alguien que me cooperaba».

Ahora, unos médicos de Cuba son los encargados de velar por la salud en una posta sanitaria cercana, y Serrano piensa que se trata de otra de las obras de Guevara.

En Santa Cruz de la Sierra, ciudad situada a más de cuatrocientos kilómetros de allí, se rumorea que otro equipo de médicos cubanos recuperó la vista de Mario Terán, el soldado que, por órdenes de sus superiores, mató al Che a quemarropa. Terán, hoy atormentado y con una vida social prácticamente inexistente, es uno de los hombres perseguidos por la llamada *maldición del Che*, que también ha dejado huella en La Higuera, castigándola con una intensa

sequía de varios meses. Al menos según Irma, que considera que es la venganza del guerrillero contra la tierra en la que lo derrotaron.

La maldición se ha ensañado además con Gary Prado Salmón, el general que lideraba el grupo que capturó a Guevara: Prado pasa su vejez postrado en una silla de ruedas. Honorato Rojas, el campesino que alertó de la presencia de la guerrilla, fue asesinado en 1969. Félix Rodríguez, el agente de la CIA que lo persiguió, dice que heredó de él sus dificultades respiratorias. René Barrientos, presidente de Bolivia en aquella época, murió completamente calcinado tras un confuso accidente de helicóptero. A Juan José Torrez, exjefe del Estado Mayor, lo secuestraron y lo mataron en Buenos Aires, supuestamente paramilitares. Y Roberto Quintanilla, exjefe de Inteligencia, murió asesinado en su oficina de Hamburgo cuando ejercía como cónsul en Alemania.

«Pero más que maldito, el Che es milagrero —insiste Irma—. ¿Será que si le rezamos nos trae la electricidad?», pregunta luego; y me pide unos cuantos bolivianos por su testimonio.

Le pago comprándole una caja de cerveza, y pienso que escribir sobre los últimos días del Che puede llegar a costar una fortuna.

* * *

En jornadas de aniversario, como la de hoy —9 de octubre—, la única calle de La Higuera se satura enseguida

de peregrinos. El pueblo ha amanecido con uno de esos calores que carcomen las heridas y Martín Sharples acaba de llegar a lomos de una bici. Sharples es argentino, tiene cuarenta y un años y le falta una pierna. Se hace ayudar por una prótesis y levanta las mismas banderas de justicia que enarbolaba el Che.

«Mi viaje es para protestar por los treinta mil desaparecidos de la última dictadura argentina, la de Videla. Y lo que más me ha llamado la atención es que la gente acá dice que los guerrilleros pagaron por todo lo que consumieron. Al final resulta que estos guerrilleros asesinos eran solidarios», dice con un marcado acento gaucha.

En La Higuera, sin embargo, ningún lugareño va más allá de la mera anécdota en sus charlas informales sobre el tema. Nadie habla ya del mensaje de Guevara, y la mayoría no recuerda a los demás guerrilleros que lo secundaron en su aventura suicida.

Mientras Sharples habla conmigo y un par de vecinos, un pequeño autobús repleto de brasileños estaciona a nuestro lado. Está lleno de jóvenes con trazas muy poco convencionales, y entre ellos hay tres religiosos: un teólogo de la liberación, un monje zen y un pastor anglicano. Vienen a realizar una ofrenda muy particular: recogen tierra en bolsas, cantan, rezan, entrelazan las manos y luego lanzan un eslogan revolucionario: «¡Hasta la victoria, siempre!». A su vera, algunos observan la escena con desconfianza.

«Esto es un circo, un teatro, la gente llega aquí como quien va a dar un paseo al parque zoológico. Ya no hay ganas de luchar por un ideal», se queja Agustín Romero,

un artesano argentino de veinticinco años que lleva ya en La Higuera varias semanas.

Asegura además que no comulga con todo el *show* montado por los actos de aniversario. Pero también está aquí, en esta especie de tierra santa, tratando de sacar algo de dinero con la venta de pendientes y collares, lo que le permitirá seguir hasta otro pueblo.

Romero me acaba de indicar dónde puedo hallar a Manuel Cortés, un campesino que recuerda sus vivencias con el Che como si este estuviera todavía frente a sus ojos.

Cortés tiene sesenta y tres años y nos recibe con humildad —un periodista de Suecia me acompaña en esta visita— mientras limpia sin apuro el patio de su casa. Las únicas pertenencias que asoman a la vista son un catre, un puñado de ropas viejas y algunos tratados con las andanzas de los revolucionarios.

«Las radios decían que ellos robaban cerdos y gallinas, pero eso es mentira. Usaban largavistas por seguridad, solían venir de a dos para hacerse con provisiones y todo lo compraban», nos dice Cortés. Y luego menciona el combate del Abra del Batán, donde murieron varios rebeldes en una emboscada mientras el Che trataba de hallar una vía de escape.

«Los soldados nos obligaron a ayudarles, a traer mulas. Unos días más tarde cogieron a Guevara: venía abrazado de un militar, herido y cojeando. No nos dejaron asomarnos a la escuelita donde lo tenían retenido. Le hicieron muchas fotografías, se emborracharon y lo mataron. Cuando yo lo vi, estaba tirado. Le corría la sangre por el

pecho», rememora, y parece que aquel recuerdo todavía le doliera.

Cortés vive solo, y el poco dinero que consigue por compartir sus correrías representa una ganancia extra. Justa y necesaria quizás, pues sus ingresos son escasos: los obtiene de la siembra de hortalizas y frutas, y le alcanzan apenas para subsistir.

Antes de marcharnos, el periodista sueco le entrega ocho dólares. Cortés los recibe con gusto y se va contento a alimentar a sus gallinas.

* * *

No todo en Vallegrande y en La Higuera pretende ser un mercadillo en torno a la figura de Guevara. Para algunas mujeres —las mayores sobre todo— él es como un santo, y más que respetarlo, lo veneran. Las llaman Las viudas del Che. Y suelen comenzar así sus oraciones al guerrillero: «Almita del Che, que mis deseos se cumplan».

El Che era ateo, pero en el hogar de Lygia Morón Cuéllar, en Vallegrande, ese detalle parece no tener importancia. Allí Morón, que tiene ya sesenta y siete años, no duda en confesar que le pide a menudo protección a una pintura de Guevara que ocupa un rincón privilegiado del principal ambiente de su casa. Y dice que más que como viuda debería ser considerada como una de las vírgenes del Che: «Jamás he conocido varón», subraya.

La única vez que Lygia logró tener al Che a unos cuantos palmos de distancia fue en la lavandería del hospital

Nuestro Señor de Malta. Entonces, el torso desnudo del guerrillero le causó cierto pudor, y dice que tapó el cadáver ligeramente para que no se alborotaran las jovencitas que hacían fila para verlo. Según Lygia, «muchas confesaban haber quedado cautivadas por la intensidad de su mirada: parecía más vivo que muerto».

Al parecer, unas horas antes alguien —se sospecha que fue el agente de la CIA Félix Rodríguez— había colocado un fósforo en cada ojo del Che para sostener los párpados mientras se tomaba una fotografía con él y quedaron así, rígidos, completamente abiertos, dando origen a las historias que hablan de los poderes asombrosos de Guevara.

Dicen que el Che le ayuda a uno cuando va a emprender un viaje, que provee alimentos, que hace crecer pasto para el ganado, que combate las enfermedades, que busca marido a las solteras. «Solo hay que tenerle un poquito de fe», asegura Lygia; y luego se detiene, como hace siempre, ante el retrato del guerrillero. Esta vez, para darle las buenas tardes. Porque para ella el Che es una figura que todo lo ve, todo lo oye y todo lo juzga. Porque para ella él nunca dejará de ser San Ernesto de La Higuera, a pesar de que apareció en Bolivia con un fusil al hombro, y no con una Biblia.

Un rato después, Lygia arranca unas flores rosadas y amarillas de su jardín y me invita a acompañarla a la lavandería donde décadas atrás se exhibió a Guevara. Una vez allí, deja el arreglo como ofrenda encima de la pila, que está llena de pintadas, y entona canciones en honor a la lucha armada. Aprieta el puño fuerte y lo alza. Su voz es cavernosa. Casi llora. «¡No es justo! ¡El Che vive!», grita,

y me dice adiós con un movimiento rápido de la mano derecha, sin pedirme un solo peso.

Unas horas más tarde, rumbo al cenotafio donde se rinde tributo al guerrillero, doy alcance en pleno sol a un par de señoras muy ceremoniosas, envueltas en vestidos hasta el tobillo y mantillas negras. Son Alejandrina del Valle e Inés Robles, su madrina.

«Le solemos rezar al Che tres estaciones para que nos colabore con la venta de chicha», me dice Alejandrina mientras caminamos. Cuando llegamos, su madrina, que visita por primera vez este recinto, cierra los ojos y permanece así varios minutos.

La tumba es simbólica. Los restos de Guevara fueron hallados aquí en 1997 por un equipo cubano-argentino de antropólogos forenses y luego trasladados a Cuba. ¿Qué habría ocurrido si el cuerpo se hubiera quedado en Vallegrande? ¿Acaso su población habría dejado de convivir con el olvido? Algunas preguntas son fáciles de plantear y difíciles de responder. Por ahora, este pueblo es como un fantasma que solo resucita una vez al año, cada 9 de octubre, cuando el Che, su espíritu más ilustre, muere de nuevo.